

La mirada de Lenin

Pep Quetglas

El monumento está compuesto de distintas piezas. Unas podrían ser llamadas abstractas, otras figurativas. El suelo de gravilla de mármol blanco, la base de granito negro, el marco de hormigón pintado de blanco serían abstractos. El busto de Lenin y la cadena rota, figurativos.

Esta diferencia hace que el espectador no pueda sentirse a una misma distancia respecto a todo el monumento, que el monumento no esté todo él alejado del espectador, sino que haya distintas distancias, distintas proximidades por tanto, que haya partes del monumento más cerca del espectador que otras.

El espectador comparte con el monumento el busto, imagen de una persona como él mismo, y la cadena, que puede encontrar en su vida cotidiana o en cualquier ferretería. Esa distancia que hay entre el espectador y la parte figurativa del monumento no es mayor que la que hay en el mismo monumento, entre su parte figurativa y su parte abstracta. Parte abstracta, parte figurativa y espectador forman así un conjunto gradual y escalonado.

Lubetkin parece estar cumpliendo aquí uno de los propósitos del arte de vanguardia, la implicación del espectador en la obra, pero por medio de un expediente nuevo: no la provocación al espectador, que implicaba su respuesta inmediata; no la indefinición de la obra, que inscribía la actividad del espectador para concluir la obra; sino un lanzar

telescópicamente la obra hacia el espectador, añadiéndolo a la obra, como un eslabón más.

Ninguna mirada a la obra solitaria da, por tanto, imagen completa de ella. Una de las partes del monumento es su público. ¿Y en calidad de qué se ha añadido el espectador a la obra? ¿"Público" o "espectador" son nombres adecuados para esa participación?

La cadena lo explica. Ha sido rota. Alguien sujeto, por tanto, ha quedado liberado, ha ganado movilidad, ha podido salir de ahí, se ha alejado. Quien rompió la cadena, atacando por su eslabón más débil, ya sabemos quien ha sido: Lenin. Quien quedó liberado, también: cualquiera de nosotros, todos nosotros, el "espectador".

El espectador se encuentra doblemente implicado en el monumento. Como espectador que camina hacia la obra, y encuentra en ella un parecido de familia consigo mismo, y como espectador que sale de la obra, cuya vida ha sido posible por las consecuencias de la acción de Lenin.

Una de las fotografías que prefiero es ésa donde dos obreros londinenses están frente al monumento. Uno está todavía arreglando algo en el suelo de gravilla. Se ha quitado la chaqueta, lleva las mangas de la camisa fijadas con una liga, para que los puños no estorben o se estropeen al trabajar. El otro ha acabado ya, acaba de enderezarse. Ha sacado la pipa y su mano busca cerilla o tabaco en el bolsillo de su chaqueta. Mira al busto, donde los ojos rasgados de Lenin le devuelven la mirada. ¿Os acordáis de la sonrisa de Lenin: ojos, pómulos, boca? Humor y decisión.

Encuentro que ambos, el monumento y el obrero, son iguales. Tienen el mismo aspecto, visten igual. El obrero viste como todo obrero urbano occidental hasta la segunda postguerra. Gorra de paño, jersey y chaqueta, envolviendo su rostro y cabeza por un repetido marco

Hace casi veinte años escribí un comentario sobre Lubetkin. Se publicó en septiembre de 1979, en el número 8 de la revista Carrer de la Ciutat, acompañando las "Pages d'un journal du chantier", del mismo Lubetkin. Me hubiese gustado proponeros aquí la lectura de aquel par de "documentos". Los criterios de esta publicación no lo han hecho posible; de modo que he hecho un nuevo comentario, esta vez sobre el monumento a Lenin, construido en Londres el año 1942.

J.Q.

de cuellos y gorra. El busto de Lenin está igualmente revestido de visera y cuellos, no de lana sino de hormigón. El marco se ha adaptado al uso de Lenin: a su izquierda, se dobla y recorta en una línea ondulante, siguiendo y resumiendo el perfil de su cabeza, cuello y hombro.

Tras el busto doblemente enmarcado aparece un fondo color escarlata, recordado con la movilidad de una bandera. La línea curva a la izquierda del busto adapta el marco al busto, impide que quede encajonado, y además produce la imagen del paño ondulante de una bandera roja.

El movimiento de la bandera no lo traza sólo la forma desequilibrada y dinámica de ese contorno, sino la iluminación del monumento: la visera de hormigón, en la parte superior, se proyecta hacia adelante no sólo para proteger al monumento de la lluvia, sino también para permitir que una hendidura invisible ilumine cenital y directamente el corazón del monumento, el busto y el fondo escarlata.

Esa iluminación natural encarna al color del fondo y da, con las luces y sombras que proyecta, su envoltura volumétrica al busto, que se vería como un bajorrelieve aplanado en otro caso. Cambiando con cada nube, con cada modificación de la luz del día, la bandera se agita, nunca está almidonada y quieta, sino que flamea continuamente. Encarnándose y apagándose el rojo, como en los ciclos de una combustión respirada, no muy alejada de lo que la propia pipa que el obrero va a fumar produciría en el interior de su cazoleta.

Obrero y monumento se parecen también en otro aspecto. Sin duda el más importante: ya no existen. No queda nada de lo que se ve en la fotografía.

La fotografía fue tomada en 1942, al poco de inaugurarse el monumento, el Primero de Mayo. En algún momento de los cincuenta y cinco años que ahora nos separan del monumento, el obrero murió. Ése, cuya imagen quedó impresa en la

placa fotográfica, y todos los otros que eran como él. No los podréis encontrar por las calles de ninguna ciudad. No son ellos los que fotografía Salgado.

El monumento desapareció antes, a los pocos meses de inaugurado. Había sufrido continuos atentados desde el primer día. Fue repetidamente remozado, construyeron una verja frente al suelo de gravilla, encerrándolo (¡A él, que había roto las cadenas y la propia verja del parque!), colocaron un guardia urbano para protegerlo. Cuando la custodia del monumento empezó a gravar sobre la economía, el ayuntamiento decidió desmontarlo y guardarlo en un almacén.

Lubetkin, que había previsto trasladar el monumento al vestíbulo de un conjunto de viviendas que iba a empezar a construir cerca, decidió enterrarlo por su cuenta, para adelantarse por sorpresa y evitar la intervención municipal. Quedan fotos de Lubetkin y sus amigos enterrando al monumento.

En algún lugar del subsuelo de Londres está el monumento entero, con las cadenas oxidadas, los bloques de granito, el marco de hormigón, las paletadas de gravilla, la visera por donde ahora no pasa ninguna luz que anime el fondo rojo, el busto...

¿Hacia donde miran los ojos abiertos del busto de Lenin? ¿Qué ve ahí, bajo tierra, en lo oscuro? ¿Es algo muy distinto a lo que vemos nosotros desde aquí arriba? ¿Estamos nosotros también enterrados a cielo abierto, en un material más viscoso que la tierra, nosotros, que formábamos parte del monumento?

